

Reseñas

DIETRICH RUESCHEMEYER, EVELYN STEPHENS Y JOHN D. STEPHENS, *Capitalist Development and Democracy*, University of Chicago, 1992.

Este libro vuelve a abrir, en escasas 302 páginas, el gran debate de la relación entre capitalismo y democracia, prometiendo sacarlo del doble *impasse* en el que lo dejaron algunos de los teóricos más renombrados de la tradición sociológica: por un lado, la profecía incumplida de la teoría de la modernización (encabezada por *El hombre político*, de Lipset), según la cual las sociedades periféricas se democratizarían como consecuencia de su desarrollo económico y social, y por otro, la concepción de la democracia como un evento tan excepcional como la constelación histórica que dio nacimiento a las democracias del noroeste europeo durante la fase temprana del capitalismo. Este trabajo vuelve a plantear estas grandes cuestiones en un contexto comparativo amplio —39 casos tanto de Europa como de América Latina y del Caribe— ofreciendo la oportunidad de revisar de nueva cuenta las frágiles generalizaciones sobre este gran tema.

Los autores sostienen que el desarrollo capitalista, al fortalecer las clases trabajadora y media, y al debilitar la terrateniente, fomenta el surgimiento de la democracia. En otras palabras, no se designa al mercado capitalista ni a los capitalistas como la fuente principal de impulso hacia la democracia, sino a los conflictos de clase nacidos del capitalismo. Esta propuesta, aunque niega a la burguesía el papel histórico que le había conferido el marxismo, restituye a las clases una función dinámica central. La tesis se plantea en forma muy simple: “los que piensan ganar con la democracia se manifestarán a su favor, mientras que los que piensan perder se opondrán” (p. 57). Dos dificultades se presentan: primero, ninguna clase tiene suficiente peso por sí misma, para determinar una transición democrática. Por lo tanto, la democracia deberá nacer de una alianza progresista duradera entre varias clases, o no aparecerá. Segundo, es imposible definir *a priori* cuáles clases (o secciones de clases) se aliarán con la clase obrera para forjar tal alianza.

Antes de comentar sobre la parte sustantiva del libro, es preciso definir su marco metodológico. No se trata de un trabajo comparativo propiamente hablando, que consistiría en analizar en paralelo el proceso de transformación capitalista y la hipotética democratización en los 39 países incluidos, sino de comentarios ilustrativos muy desiguales sobre 39 casos. Como consecuencia, tales ilustraciones a menudo dejan fuera periodos cruciales para la hipótesis

central. Tal es el caso, por ejemplo, de España, tratado en cuatro páginas; de Alemania (diez páginas); Italia (tres páginas), y Austria (tres páginas), que comparten el triste destino de ver terminar su historia en 1939. La historia de la democratización francesa (3.66 páginas) empieza en 1848 y acaba en 1877. Por lo tanto, excluye los diversos intentos fracasados de democratización entre 1789 y 1848, y el episodio de fascismo de 1940-1945. Igualmente, la historia de Suiza se limita al periodo que abarca de 1815 a 1850 (ocupando media página).

Los países de América Latina y el Caribe corren aparentemente con mejor suerte, ocupando 66 páginas (para once países) y cubriendo las democratizaciones, de-democratizaciones y redemocratizaciones ocurridas entre principios del siglo XIX y la década de 1980-1990. Queda implícita en estas diferentes periodizaciones la idea de que para los países del norte, la democracia es temprana, definitiva, y sin transformaciones ulteriores importantes, mientras que para los del sur, es tardía e inconsistente. Al mismo tiempo, los regímenes dictatoriales europeos de los años treinta se definen también como definitivos, a pesar de que este libro fue escrito varios decenios después de las democratizaciones de las potencias del Eje y de España, y poco después del colapso de la Unión Soviética. Por desgracia, estas decisiones de orden metodológico excluyen del análisis algunos de los casos más interesantes de democratización ocurridos en Europa desde la posguerra, posiblemente los que pueden cambiar fundamentalmente nuestras ideas sobre las posibilidades de transformación democrática en países donde la clase obrera no ha logrado aglutinar una alianza progresista lo suficientemente fuerte para cimentar las instituciones democráticas.

La hidra de varias cabezas a la que persiguen los autores de este libro es, por supuesto, la definición misma de la democracia. No existe ninguna definición "correcta" de este concepto. Por lo tanto, la bondad de la que se selecciona debe juzgarse por sus resultados. Una primera opción que ejercen los autores es apuntalar a las estructuras institucionales que expresan los principios democráticos, dejando aparte las prácticas políticas que, propiamente hablando, no son definición de la democracia, sino indicadores de su desempeño.

... primero, elecciones de representantes regulares, libres y justas con base en el sufragio universal; segundo, la responsabilidad del aparato estatal frente al parlamento elegido (posiblemente complementado por la elección directa del jefe de Estado), y tercero, las libertades de expresión y asociación, así como la protección de los derechos individuales contra la arbitrariedad estatal" (p. 43).

La segunda opción teórica crucial consiste en definir a la democracia como una escala ordinal dividida entre democracia plena y restringida, en contraposición a una simple dicotomía entre democracias y no democracias; para ser clasificado como una democracia, un país debe cumplir, por lo menos moderadamente, con las condiciones 2 y 3 de esta definición general. De lo contrario se ve relegado a dos categorías, las de "autoritario" o "totalitario": ..."los regímenes que se acercan a cero en las dos primeras dimensiones se llamarán *autorita-*

rios, los que tiene un valor bajo en las tres dimensiones se llamarán *totalitarios*" (p. 44).

¿Cuáles son las consecuencias de estos postulados? Señalaré algunas. En primer lugar, suponen la variabilidad independiente de las características definitorias, lo cual permite una mejor adecuación a las condiciones históricas reales que presentan niveles muy variables en cada uno de los indicadores señalados. No obstante, la variación en el tiempo de tales características no está incorporada en la definición, a pesar de que los datos presentados se extienden en el tiempo. Otra implicación, a la vez teórica y moral, es que gracias a estos postulados, países que no cumplen plenamente con los requisitos indicados —en particular, el de sufragio universal— pueden pretender el calificativo de "democráticos", a pesar de que es conocido el hecho de que en tales contextos, los ciudadanos votantes son los únicos en gozar plenamente de las llamadas libertades democráticas. Éste es el caso, por ejemplo, de las llamadas oligarquías liberales, en las que sólo los que gozan del derecho a votar pueden pretender a las libertades individuales (de expresión, asociación, protección contra la arbitrariedad gubernamental, etc.). Los demás pueden ser clasificados como agitadores o inmigrantes ilegales, como fue el caso, por ejemplo, de los obreros en Argentina entre 1912 y 1930, periodo que los autores, sin embargo, definen como plenamente democrático para ese país.

Una vez excluidas las no-democracias en la forma expuesta arriba, las diferencias entre las democracias plenas y las restringidas se definen de la manera siguiente:

[...]hablaremos de democracias restringidas cuando las condiciones estipuladas se cumplen *en gran parte* pero *sectores significativos* de la población son excluidos (por ejemplo por medio de la restricción del sufragio basada en el alfabetismo y otras calificaciones de este tipo), la responsabilidad del gobierno está *significativamente reducida* (por ejemplo, por medio de intervenciones militares frecuentes o de pactos políticos), o cuando la restricción de la libertad de expresión y de asociación *reduce significativamente* el rango de las posiciones políticas articuladas (por ejemplo, por medio de la proscripción de los partidos políticos) (p. 44, cursivas agregadas).

Esta posición metodológica, compartida con gran parte de la literatura sobre el tema, permite incluir en la discusión a países que no cumplen plenamente con los requisitos institucionales de la democracia. El otro lado de la moneda es que no ofrece prácticamente ningún criterio sólido de inclusión o exclusión. Por lo tanto, gobiernos totalmente pactados, como por ejemplo los de la vieja república oligárquica brasileña de principios de siglo, en la cual el parlamento no podía distinguirse del gobierno, y ambos representaban alternativamente a los cafetaleros y a los ganadores (arreglo conocido bajo el nombre de pacto *café com leite*), se verían clasificados entre las democracias restringidas. En cambio, los autores declaran en la página 199 que "México nunca ha tenido ningún periodo de régimen democrático", no obstante que México tiene, desde 1917, el sufragio masculino irrestricto, elecciones regulares, y resultados electorales generalmente respetados. Claro es, hay excepciones a estas generaliza-

ciones, pero ninguna que no pudiera acomodarse de la definición de “democracia restringida” promovida por los autores. México también ha tenido partidos de oposición por lo menos desde 1970, cuya debilidad *de facto* no se ha debido a las restricciones de los derechos legales de sus electores (como sería el caso, por ejemplo, de la prohibición del Partido Comunista, o de la persecución de los votantes negros hasta los años setenta en Estados Unidos). Por lo tanto, según los criterios enunciados, México debería haberse clasificado como plenamente democrático entre 1910 y 1913, y por lo menos como restrictivamente democrático desde 1917. Sin embargo, los autores optan por clasificar a México al lado del Paraguay de Stroessner, un régimen basado en la dominación personal absoluta de un dictador, y desprovisto de cualquier aparato parlamentario o de derechos cívicos. En cambio, Argentina obtiene un mayor rango en la escala democrática que Chile, diagnóstico que no concuerda con las notorias historias políticas de estos países.

Veamos ahora de qué manera el marco conceptual escogido por los autores permite caracterizar una democracia relativamente indiscutible, como es la francesa. El análisis cubre únicamente el periodo de la Revolución de 1848 a 1877, fecha en que se afirma que el país se vuelve definitivamente democrático, sin que se haya precisado la naturaleza de los regímenes posrevolucionarios anteriores. Me parece discutible tal aseveración a la luz de los elementos informativos del cuadro 1. En Francia, los hombres adultos no fueron libres de votar según su opinión, hasta 1913, fecha en que el voto se volvió secreto, en un esfuerzo por contrarrestar las presiones ejercidas por los patronos, la Iglesia católica, los prefectos y generalmente los notables provincianos.¹ En realidad, para declarar a Francia como democrática en 1877, los autores no hacen uso de sus propios indicadores, sino de la victoria republicana que se logra a pesar de los esfuerzos del gobierno en turno por impedirlo. Si usáramos los indicadores planteados por los mismos autores, diagnosticaríamos un régimen autoritario de 1852 a 1877, y uno restrictivamente democrático desde esta fecha hasta 1913. En realidad es cuestionable que Francia pueda caracterizarse como una democracia plena a partir de 1913, dado que lo único que cambia significativamente entre 1848 y 1913, si hacemos caso omiso del segundo imperio (1852-1870), es el grado de presión ejercida coercitivamente sobre el votante. Al final del periodo, tanto el sufragio como los derechos individuales permanecen relativamente restringidos. No será hasta la Cuarta República (1945-1957) cuando Francia ostentará derechos individuales plenos y sufragio universal (tanto masculino como femenino).

Escogí estos ejemplos para ilustrar la forma en que indicadores que son poco precisos por naturaleza se utilizan en forma “dura”, tratándose de un país en desarrollo como México, y en forma “blanda”, tratándose de uno como Fran-

¹ Esta tesis se expone en dos libros muy bien documentados, los de Alain Garrigou, *Le vote et la vertu. Comment les Français sont devenus électeurs*, París, Fondation des Sciences Politiques, 1988; y Pierre Rosanvallon, *Le sacré du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, Gallimard, 1992.

cia. Tal sesgo, aparte de ser poco científico, nos impide entender situaciones como la de México, país que lleva casi cuarenta años de ser “casi” democrático, precisamente por razones muy semejantes a las que empantanaron a Francia hasta 1913, o sea, las presiones ejercidas sobre el votante para mantener en el poder al partido oficial. Esto apunta a la necesidad de hacer un análisis auténticamente comparativo para esclarecer las razones de la correlación débil que existe *de facto* entre los indicadores de la democracia, y entender mejor los procesos que permiten convergencias democráticas en algunos casos, mientras que en otros, las formaciones sociales se inmovilizan en fórmulas intermedias.

Cuadro 1

Francia 1848-1940	
1848	<ul style="list-style-type: none"> • Sufragio masculino pleno • Opciones electorales coercitivamente restringidas • Gobierno responsable ante el parlamento
1850	<ul style="list-style-type: none"> • Sufragio masculino • Opciones electorales coercitivamente restringidas • Gobierno responsable ante el parlamento
1852-1870	<ul style="list-style-type: none"> • Sufragio masculino pleno • Opciones electorales coercitivamente restringidas y resultados manipulados • Ausencia de responsabilidad gubernamental ante el parlamento • Derechos individuales restringidos
1870-1913	<ul style="list-style-type: none"> • Sufragio masculino cuasi pleno • Opciones electorales relativamente restringidas • Responsabilidad gubernamental ante el parlamento • Derechos individuales más restringidos
1913-1940	<ul style="list-style-type: none"> • Sufragio masculino pleno • Opciones electorales libres • Responsabilidad gubernamental ante el parlamento • Derechos individuales menos restringidos

Por último, comentaré sobre la hipótesis central del libro que vincula la emergencia de la democracia a la movilización política de las masas trabajadoras. Aunque los autores reconocen que la clase trabajadora no puede influir por sí sola en una transición democrática, no ofrecen una explicación satisfactoria en los casos en que las movilizaciones obreras se ven seguidas de reacciones conservadoras. En los casos de Argentina y Chile, por ejemplo, se alude a la

“debilidad” de la clase obrera en estos países (p. 270), sin que se presenten pruebas de que tal debilidad haya sido más acentuada que en la Francia de 1848 cuando apenas empezaba a industrializarse. Se argumenta también que las clases dominantes en tales países reaccionan con regímenes antidemocráticos a las movilizaciones obreras porque se “se sienten amenazadas”, lo cual no deja de ser paradójico, dado que se supone débil a esta clase. Por lo tanto, se llegaría a la conclusión algo sorprendente, de que mientras más débil sea la clase obrera, más amenazadora la perciben las clases dominantes. Asimismo, el libro no explica por qué la movilización obrera puede percibirse como amenazadora en un momento histórico, pero no en otro. La clase obrera francesa era seguramente más amplia y más organizada en 1877 que en 1848. Sin embargo, según los autores, era menos amenazadora en el periodo más temprano. Al contrario, se alega que fue fácil el proceso de instalación de la democracia en Italia antes de 1930, porque no hubo movilización obrera, y que posteriormente las élites se integraron en la alianza fascista debido a las movilizaciones obreras. Ambas conclusiones están en flagrante contradicción con la hipótesis central del trabajo, según la cual las movilizaciones obreras contribuyeron positivamente a la democratización. No obstante, no se abandona la hipótesis ante tales hallazgos. En cambio, en los casos contados en que las clases medias o los campesinos se unen a los trabajadores en una alianza democrática, los autores simplemente sustituyen las “movilizaciones obreras” por “movilizaciones de las clases subalternas” como variable independiente, dejando pasar la oportunidad de problematizar tales alianzas.

¿Qué podemos concluir? Que el libro no logra descubrir un nuevo gran *explicans* capaz de eclipsar a otros candidatos y aplicable al conjunto de los países analizados. La falla, sin embargo, no está en no haberlo descubierto, sino en haber intentado buscarlo, y haber pretendido que los resultados comprobaban su existencia, no obstante las amplias evidencias contrarias a la vista. Sin la información sobre el grado de integración de las élites conservadoras, el grado de desarrollo y la posición del Estado, las alianzas internacionales, el momento histórico, etc., somos incapaces de plantear cualquier diagnóstico. Al mismo tiempo, estas variables no constituyen un modelo explicativo coherente aplicable a la mayoría de los casos. Recaemos, por lo tanto, en las explicaciones *ad hoc* (rebautizadas como inductivas por los autores) y la historiografía.

Si los autores reportaran fielmente sus hallazgos, sacarían la siguiente conclusión: cuando las clases trabajadoras se involucran en luchas por la participación política, se enfrentan, en algunos casos, a reacciones conservadoras por parte de las clases dominantes, y en otros no. Cuando se producen tales enfrentamientos, los obreros se ven recompensados, en algunos casos, por una mayor inclusión política, y en otros ven sus libertades aún más restringidas. Por otra parte, las transiciones democráticas se logran en algunos casos con una movilización significativa de la clase obrera, y en otros, sin el apoyo de ésta. En otras palabras, la evidencia histórica descubierta por el análisis no nos aporta elementos generalizables a los casos estudiados, en particular para apoyar la hipótesis central de la acción democratizadora de las luchas obreras.

Si tuviera que resumir mi reacción a este libro en una sola frase, diría que no creo en la posibilidad de expresar la relación entre capitalismo y democracia por medio de un conjunto integrado de proposiciones teóricas. La historia (por fortuna o por desgracia) no es descifrable por medio de ideas maestras. Es una mezcla inestable de pautas explicables, de potenciales no realizados, consecuencias no anticipadas y convergencias no enteramente previsibles. Si el análisis sociológico ha de sobrevivir en el siglo que se anuncia, debe dejar de perseguir el Santo Grial de la explicación “científica” y reconocer la naturaleza imperfectamente determinista de la empresa humana.

En última instancia, el gran mérito de este libro estriba en poner a la vista la relativa (aunque no exclusiva) relevancia de las clases sociales en el proceso de democratización. Sin embargo, la gran dificultad y el reto que plantea para el futuro, está en el hecho comprobado de que ninguna clase en su totalidad ni por sí misma ha sido el arquitecto de la democracia. En consecuencia, la lección aprendida del libro es la necesidad de una reorientación de esta problemática hacia el descubrimiento del porqué de las alianzas cambiantes entre las clases en diferentes contextos y momentos históricos.

Viviane Brachet-Márquez¹

XÓCHITL LEYVA, *Poder y desarrollo regional. Puruándiro en el contexto norte de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993, 326 pp., apéndices, mapas, cuadros, diagramas.

El libro que aquí comentamos participa de tres vertientes de la investigación socioantropológica. Es, primero, un sólido estudio microrregional, que da cuenta de las transformaciones socioeconómicas del área estructurada en torno a la pequeña ciudad de Puruándiro. En segundo lugar, es un análisis del contradictorio proceso que conocemos como “modernización agropecuaria” —es decir, la integración de la microrregión a mercados cada vez más amplios, el cambio tecnológico, la organización empresarial y la modificación en la estructura clasista. Tercero, es sobre todo un trabajo ejemplar de antropología política, detallado empíricamente y amplio en sus implicaciones teóricas. Así, se une al creciente caudal de estudios auspiciados por El Colegio de Michoacán y CIESAS que, con base en trabajo de campo intensivo, exploran la realidad política de las regiones como una forma privilegiada de entender las complejidades de los procesos estatales y nacionales. Me refiero a estudios como los de Jaime Espín (1986) en la Sierra Tarasca, el de Jesús Tapia (1986) en El Bajío zamorano, el

¹ Una versión anterior de este trabajo fue presentada en el Congreso anual del American Sociological Association celebrado en Miami del 13 al 20 de agosto de 1993.

de Fernando Salmerón (1989) en la zona cañera de Taretan, el de Pablo Vargas (1993) en la Ciénaga de Chapala, y el de Eduardo Zárate (1994) en la cuenca lacustre de Pátzcuaro (cfr. Tapia Santamaría, coord., 1992), por sólo mencionar los principales. En todos ellos se combinan, en síntesis afortunada, enfoques que antaño parecieran divergentes: la atención a la estructura estatal y al faccionalismo, a la intermediación política y al conflicto de clases, al dominio hegemónico y a la resistencia. Si bien los estudios tienen el momento presente como punto de partida, lo entienden al mismo tiempo como resultado y parte integrante de procesos históricos. Habría que añadir, como lo señala Brigitte Boehm de Lameiras en la introducción al libro de Xóchitl Leyva, que estos trabajos tienen un antecedente en la investigación regional que se llevara a cabo en la década de 1970, bajo la inspiración y guía de Ángel Palerm, en Morelos (Warman, 1976; de la Peña, 1980; Varela, 1984) y en los Altos de Jalisco (Del Castillo 1980, Fábregas 1986).

La microrregión de Puruándiro se inserta en la amplia dinámica regional de la zona conocida genéricamente como "El Bajío", que cubre las partes agrícolas más ricas de los estados de Querétaro, Guanajuato, Michoacán y Jalisco, y merece el apodo de "Granero de la República". La feracidad de la tierra y las eficientes comunicaciones —que se desarrollaron desde la época colonial y se consolidaron durante el porfiriato— han permitido, en diversos ciclos históricos, la acumulación de la riqueza y el poder. Xóchitl Leyva rastrea el origen del dominio político actual en la década revolucionaria y en la de 1920-1930. En Puruándiro, como en la cercana Ciénaga de Zacapu investigada por Paul Friedrich (1981), la lucha agraria, definida por la oposición violenta a los hacendados y sus *guardias blancas*, propició el surgimiento de bandas armadas locales encabezadas por líderes carismáticos, que a su vez se incardinaban en coaliciones regionales y reconocían, al menos coyunturalmente, liderazgos más amplios. La gubernatura revolucionaria de Múgica, y luego la de Lázaro Cárdenas, permitieron la relativa institucionalización de estas coaliciones, en la Liga de Comunidades y Sindicatos Agraristas y más tarde en la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo. Con todo, la organización nunca perdió su carácter faccional, y refuncionalizó y consolidó una forma *sui generis* de representación a través de intermediarios políticos que eran al mismo tiempo nudos estratégicos en la mediación cultural entre la comunidad y la nación: los caciques. Estos *caciques*, personajes clave para entender la política mexicana (al menos desde el siglo XIX), contribuyeron a la forja de un orden verticalista, pero mantuvieron una recia competencia entre ellos, y utilizaron el poder generado por su postura mediadora para buscar el enriquecimiento propio y empequeñecer a sus enemigos. Manejaron, entre 1920 y 1940, un recurso privilegiado: el reparto de tierras, y lo hicieron, cuando pudieron, de la manera más favorable a sus intereses. De ahí que su pasado heroico como cabecillas rebeldes se fuera oscureciendo por historias de abusos, despojos y asesinatos. Como lo muestra la autora —y en este punto vuelve a coincidir con Paul Friedrich—, cada líder se encontraba y encuentra inserto en redes de parentesco, compadrazgo y amistad, de suerte que lo propio es hablar de cacicazgos familiares, no meramente individuales: la historia de cada poblado es la de sus Montescos y

Capulettos o, si se prefiere, la de sus Corleones y Giulianos, así como la de sus rivalidades, conflictos de sucesión e interminables *vendettas*. Literalmente, ciertos pueblos, como el de Janamuato, tienen una historia escrita con sangre.

Empero, las familias de caciques pueden perder utilidad para sus patrones en los niveles más altos de la política, sobre todo cuando su papel de representantes de la base los obliga a plantear demandas molestas. Así, Primo Tapia, el líder de la Ciénaga de Zacapu, fue asesinado “por órdenes superiores” durante el gobierno de Calles, y a Emigdio Ruiz, el líder de Taretan, le pasó lo mismo bajo la égida alemanista. De igual manera, los dos líderes agraristas más fuertes en la zona de Puruándiro perecieron en forma violenta. Tales asesinatos pudieron implicar la fragmentación de la facción golpeada y su sustitución por otra, o bien la reorganización y el establecimiento de nuevas alianzas estratégicas. En el caso de Puruándiro, para entender el cacicazgo poscardenista hay que tener presente la historia económica de la microrregión entre 1940 y 1980, como nos la narra eficientemente Leyva.

Tras la disolución de los latifundios, surgió —como en muchas otras partes— una nueva clase de pequeños empresarios, vinculados al comercio, los servicios y a la habilitación de la producción agropecuaria. Si bien algunos de ellos provenían de familias terratenientes, o de familias de la pequeña burguesía local, una buena parte de ellos —de los que se nos presentan historias de vida y estudios de caso— surgieron desde abajo, de familias de ejidatarios y campesinos, que lograban, por ejemplo, ahorrar dinero de la migración internacional e invertirlo en negocios modestos. Algunos de estos negocios, como la avicultura y la venta de alimentos balanceados —auspiciados por empresas transnacionales— resultaron muy redituables. Pero lo que desató una ola de reinversión y ganancia, desde mediados de los cincuenta, fue la conversión del centro-norte de Michoacán, y de su ciudad principal, La Piedad de Cabadas, en la región porcícola más importante de México. Se configuró una estructura piramidal, no muy diferente en términos formales a la estructura caciquil, constituida por productores de forrajes, criadores de lechones, engordadores y comerciantes. Se trataba, aquí también, de grupos familiares de poder y riqueza diferencial, unidos por redes horizontales de cooperación y por redes verticales de clientelismo, y simultáneamente divididos por competencias y rivalidades. Sus organizaciones gremiales, que llegaron a ser intermediarios corporativos poderosos frente al poder político nacional, así como interlocutores y competidores de los grupos políticos locales y regionales, aprovecharon pero no eliminaron las grietas faccionales. Ahora bien, la emergencia de un nuevo caciquismo —conocido como “el pinedismo”, por el nombre de la familia más fuerte—, de vigor regional comparable al de la época agrarista, se explica precisamente por su imbricación con el *boom* porcícola, las alianzas con el gremio de porcicultores y la negociación con sus segmentos locales. La nueva familia caciquil de Puruándiro se ufana de poder trazar sus orígenes en los grupos de la revolución agraria, con cuyos líderes incluso tenía parentesco (más o menos lejano). Pero los objetivos y las estrategias de intermediación habían variado considerablemente: los nuevos líderes, que incluso contaban con estudios universitarios (gracias a becas que primero los enviaron a la célebre Normal Rural

de La Huerta), se vincularon formalmente no sólo a la estructura del partido oficial, sino además, y eficientemente, a las burocracias estatales y federales, que sin disminuir sus rasgos clientelísticos se disfrazaban de organismos tecnocráticos. Así, consiguieron mejoras infraestructurales y proteccionistas que convenían a los grandes y medianos empresarios del negocio del cerdo, pero al mismo tiempo se presentaban como benéficas para ejidatarios y campesinos minifundistas. Incluso durante la época de Echeverría, se fundaron uniones ejidales que, mediante el trámite de créditos blandos, propiciaron la participación de los ejidatarios en las actividades mejor remuneradas —producción de forrajes, engorda y venta de cerdos—, y en los años de López Portillo se consiguieron permisos para la siembra de frutas destinadas a la exportación (que hasta entonces se había restringido a regiones vecinas). Por supuesto, la promoción y extensión de todas estas actividades también permitió el considerable enriquecimiento personal de los líderes políticos, y de los miembros más cercanos de sus redes familiar y de amistad.

Sin embargo, la historia no tiene un final feliz, ni para los caciques, ni para muchos empresarios, ni para la mayoría de la gente. En una sección titulada “Los costos sociales del pinedismo” (pp. 182-186), Leyva da cuenta de la catástrofe en las empresas ejidales derivada del despilfarro de los recursos públicos y la corrupción, y puesta de manifiesto cuando, en la crisis y la consecuente austeridad de los ochenta, las otrora ubérrimas ubres del gobierno dejaron de amamantar a sus paniaguados. Los empresarios porcícolas también sufrieron la retirada de los beneficios conseguidos por los caciques a quienes ellos consideraban amigos, y sobre todo el embate generalizado por la escasez de créditos, la competencia de productos extranjeros y el adelgazamiento del mercado.

En términos políticos, el cacicazgo pinedista se comenzó a debilitar al concluir la edad dorada del echeverriismo, cuando en 1979 el grupo de empresarios —que, pese a las negociaciones, había resentido que los caciques lo eclipsaran— trató de arrebatar el control de los ayuntamientos. No lo lograron; pero en 1988 el triunfo masivo del FDN puso en evidencia el fracaso de los viejos mecanismos. El análisis termina en 1989, y la autora no tuvo tiempo de analizar el cambio en los nuevos grupos políticos. ¿Se trata de una reproducción del viejo faccionalismo clientelar, justificado ahora por un discurso antipriista? ¿O han surgido —así sea embrionariamente— mecanismos de representación democrática, que evidencian una cultura política diferente?

Leyva confirma la visión de Friedrich, que ve la lucha agraria (con sus liderazgos carismáticos y movilizaciones horizontales) y el caciquismo (con sus intermediarismos pragmáticos y clientelismos verticales) no como dos fenómenos separados sino como etapas del mismo proceso histórico. Se niega a fetichizar el carisma: siguiendo a Jorge Alonso (1985), lo examina como un atributo construido socialmente. Además, establece sólidamente las condiciones en que la estructura caciquil se reproduce aun cuando la modernización agraria se encuentre en pleno auge y la burocracia se multiplique.

Reitero, para terminar, la importancia de este libro en el contexto del debate mexicano actual. El caciquismo y sus consecuencias dependen por un lado de la ausencia de la representación ciudadana y por otro, de una combinación

paradójica de debilidad estatal, excesivo centralismo burocrático y ausencia de canales de representación. La presencia de discursos gubernamentales populares —como lo fue el cardenista en las décadas de los veinte y los treinta, o de otra manera el echeverriista de los setenta— no basta para prevenir el surgimiento de los hombres fuertes en las localidades y regiones; lo que se requiere es más bien la promoción y el respeto a los espacios públicos de participación.

Guillermo de la Peña

Referencias

- Alonso, Jorge (1985), *La tendencia al enmascaramiento de los movimientos políticos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (colección Miguel Othón de Mendizábal).
- De la Peña, Guillermo (1980), *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Del Castillo, Gustavo (1980), *Crisis y transformación de una sociedad regional*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Espín Díaz, Jaime L. (1986), *Tierra fría, tierra de conflictos en Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán.
- Fábregas, Andrés (1986), *La formación histórica de una región: los Altos de Jalisco*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (colección Miguel Othón de Mendizábal).
- Friedrich, Paul (1981), *Agrarian revolt in a Mexican village*, Chicago, The University of Chicago Press, segunda edición.
- _____ (1986), *Princes of Naranja. An essay in anthro-history*, Austin, University of Texas Press.
- Salmerón Castro, Fernando (1989), *Los límites del agrarismo. Proceso político y estructuras de poder en Taretan, Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Tapia Santamaría, Jesús (1986), *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán (coord.) (1992), *Intermediación social y procesos políticos en Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Varela, Roberto (1984), *Procesos políticos y estructuras de poder*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Vargas González, Pablo (1993), *Lealtades de la sumisión. Caciquismo: poder local y regional en la Ciénega de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Warman, Arturo (1976), "... y venimos a contradecir". *Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Zárate Hernández, Eduardo (1994), *Los señores de la utopía. Etnicidad política en una comunidad purhépecha: Ueamuo-Santa Fe de la Laguna*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

LARRY NEAL, *The Rise of Financial Capitalism: International Capital Markets in the Age of Reason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, 278 pp.

¿Qué pueden aportar los historiadores de las finanzas que llegue a interesar a un científico social de nuestros días? Planteo la pregunta porque tradicionalmente se considera que la historia financiera es un campo eminentemente técnico. No obstante, constituye una herramienta eficaz para entender los cambios revolucionarios que están ocurriendo en la esfera financiera internacional. El libro que reseño es un modelo en este terreno, pues nos aclara cómo se fueron conformando los primeros mercados de capitales y cómo se internacionalizaron desde un principio. Esto tiene un interés especial para el caso mexicano actual, ya que hoy día (y por primera vez en la historia nacional) comienza a despuntar aquí una bolsa de valores moderna con dinamismo y con fuertes vinculaciones internacionales.

El objetivo central del libro de Larry Neal es demostrar que ya desde el siglo XVIII funcionaban mercados de capitales en Europa estrechamente vinculados entre sí, que permitían el libre flujo de capitales entre uno y otro. Neal rastrea los orígenes de dichos mercados, centrandó su atención en el surgimiento de Amsterdam y Londres como los primeros "centros financieros" internacionales que podían calificarse como tales.

La obra combina varias metodologías. Por un lado, ofrece múltiples ejercicios econométricos que permiten evaluar la utilidad de las series de precios de bonos y acciones para un periodo que abarca todo un siglo (1709-1819) de cotizaciones en los mercados bursátiles de Londres y Amsterdam. Su utilidad es múltiple, pues permite analizar la rentabilidad de los títulos en estos tempranos mercados financieros, la correspondencia de precios entre los mismos activos financieros en Londres y Amsterdam y, finalmente, los efectos de las crisis financieras sobre los mismos.

Por otro lado, Neal utiliza un enfoque "institucional" para evaluar las condiciones que hicieron posible la formación de mercados de capitales eficientes. Siguiendo a Douglas North, George Stigler y Paul David, el autor aplica el concepto de "redes tecnológicas" al sector de información financiera, y demuestra cómo el surgimiento de una prensa financiera (con cotizaciones regulares) constituyó uno de los prerequisites para el despunte de los mercados de capitales. Así, Amsterdam y Londres se instituyeron como los principales "centros de información" financiera y mercantil de la época, lo que proporcionó innumerables ventajas a los empresarios que allí operaban.

Por último, Neal utiliza algunas herramientas tradicionales del análisis de los ciclos y las crisis financieras, proporcionando al lector una panorámica comparada del impacto económico y político de momentos de fuerte especulación —como fue el caso de los "South Sea Bubbles" de 1720 en Londres y París— y de etapas caracterizadas por crecientes riesgos financieros —como fue la época de las guerras napoleónicas. Todo ello nos permite observar cómo los mercados financieros respondían a condiciones políticas y económicas muy diferen-

tes, aunque conservando un criterio dominante de racionalidad en sus expectativas. Dicha racionalidad la atribuye Neal a las excelentes redes de información con las que contaban los comerciantes, los banqueros y los inversores de la época, especialmente en Amsterdam y Londres.

Esta lectura se recomienda ampliamente a los interesados en la historia financiera, pues constituye un complemento y un avance sobre los ya clásicos trabajos de Dickson sobre el surgimiento de un mercado financiero moderno en Londres (desde fines del siglo XVII) y de Riley sobre la bolsa de Amsterdam (en el siglo XVIII).¹ La ventaja de la obra de Neal radica en la capacidad del autor para efectuar comparaciones estadísticamente válidas entre ambos mercados, lo que permite entender mejor la creciente interrelación entre los mercados financieros de Europa en su conjunto.

No obstante, deben tomarse algunas de las afirmaciones de Neal *cum grano salis* como por ejemplo, su insistencia en que se puede explicar la revolución industrial inglesa de principios del siglo XIX en función del surgimiento de estos mercados de capitales. He aquí un evidente ejemplo de *hubris* del autor, que no considera atentamente la abundante literatura sobre el autofinanciamiento de la inmensa mayoría de las fábricas durante la revolución industrial. Asimismo, debe advertirse al lector que el modelo "ARMA", utilizado por Neal, particularmente en el capítulo 4, para evaluar ciertas tendencias estadísticas, es por su tecnicismo, extremadamente difícil de seguir.

Por último, cabe indicar que el libro es muy sugerente para realizar estudios comparados de la historia de las finanzas mexicanas de los siglos XIX y XX, pues ayuda a plantear un debate sobre el "atraso" en el desarrollo financiero del México moderno. Por ejemplo, podría utilizarse su metodología para estudiar los orígenes de la prensa financiera mexicana (piénsese, por ejemplo, en el papel tan importante de *El Economista Mexicano* en la etapa porfiriana) o para estudiar los orígenes de la bolsa mexicana, desde la misma época. Por otra parte, la obra sugiere la necesidad de que se reconstruyan series similares a las que Neal elaboró, considerando las cotizaciones de bonos y acciones mexicanos —en el largo plazo— para evaluar cómo funcionaban (¡o no funcionaban!) los mercados financieros desde una perspectiva histórica. En resumen, éste es un buen libro no sólo por lo que demuestra, sino por lo mucho que sugiere para futuras investigaciones comparadas.

Carlos Marichal

¹ P.G.M. Dickson, *The Financial Revolution in England: A Study in the Development of Public Credit, 1688-1756*, Londres, Macmillan, 1967; James Riley, *International Cambridge, Government Finance and the Amsterdam Capital Market, 1740-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

ANA MARÍA FERNÁNDEZ, *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

La mujer de la ilusión es un análisis basado en las representaciones que la humanidad ha creado, en las diferentes épocas históricas, sobre la mujer. Para ello, su autora, Ana María Fernández, hace un recorrido histórico poniendo énfasis en el estudio de los periodos clásico y moderno, los cuales son vistos desde un ámbito epistemológico, clínico, laboral, etc., ya que considera que estas épocas son los cimientos sobre los que se construyó y construye el concepto de mujer.

Erigiendo así una interesante propuesta diacrónica (porque la autora hace referencia al pensamiento clásico, medieval, moderno, contemporáneo, etc.) y sincrónica (porque queda demostrado que los hechos históricos son producto tanto de procesos objetivos como subjetivos) de reconceptualización del género femenino, en donde se considera a éste como un ente político, que al igual que el género masculino, es vulnerable de los ires y venires de la historia, es decir, que es producto del conjunto de procesos históricos, en los que la mujer juega un papel fundamental. Y más aún, el género femenino es creado y recreado por una serie de significaciones imaginarias (Fernández retoma aquí a Cornelius Castoriadis), que junto con el juego de poder y la posesión de éste —en estas aseveraciones nuestra autora se apoya en Michael Foucault— han originado el subyugamiento de la mujer, ya sea en el ámbito privado (hogar), público (escuela, trabajo, etc.), o en ambos.

Así, éste es un llamado urgente a la necesaria elaboración conceptual más democrática y valorativa de lo que actualmente conocemos como “mujer”.

I. El imaginario social

Cuando una sociedad se instituye como tal produce y reproduce un universo de significaciones imaginarias que son constitutivas de lo femenino y lo masculino, y que a su vez integran los valores de subjetividad tanto de los hombres como de las mujeres pertenecientes a un grupo social. Estas significaciones imaginarias aluden y eluden lo real, al mismo tiempo que construyen la realidad.

El imaginario individual produce sueños en tanto que el imaginario social produce mitos.¹ Al ser constitutivos de los individuos, son recreados socialmente por cada persona; al mismo tiempo, proporcionan un cuerpo a las creencias de un grupo social o de una sociedad determinando, a su vez —en gran medida—, el pensar y el sentir de los hombres y mujeres que la conforman. De

¹ Cfr. Ana María Fernández, *La diferencia sexual en psicoanálisis: ¿Teoría o ilusión?*, Buenos Aires, Centro de Estudios de la Mujer, s/f.

esta forma, las sociedades organizan su conducta, ordenan y legitiman sus instituciones, por lo que los mitos son sensibles a lo histórico.²

Es así como el principio de conservación de una sociedad aparece en la medida en que ésta es capaz de mantener sus significaciones sociales, por lo cual no hay sociedades sin mitos.

Por otro lado, el imaginario social es inseparable del problema del poder porque la historia de los repartos de poder, la distribución de sus jerarquías, las prácticas y los sistemas de valores que lo han legitimado ocupan un lugar central en la vida social.

Es por eso por lo que el poder es conquistado e instituido no sólo por los sistemas de legitimación, sanciones o prácticas extradiscursivas, sino también por aquellos soportes mitológicos, emblemas y rituales que convoquen a las pasiones, y en consecuencia, disciplinen a los cuerpos, a los individuos y a las sociedades.

II. La episteme de lo mismo

Es gracias a la creación-recreación del imaginario social como el género masculino ha sido el poseedor del poder durante siglos, y de hecho, es también dicho género el productor de lo que Ana María Fernández llama “la episteme de lo mismo”, en donde el hombre es la dimensión de todo lo creado, lo único, lo positivo, convirtiendo a “lo otro”, a lo diferente, a lo negativo, en complemento, en sombra, en lo inferior, constituyendo con ello “el pensamiento de lo mismo”. En estas formas categoriales es donde tiene origen la “ilusión de simetría”; la cual construye su pensamiento por analogía: pensar lo otro desde los parámetros, códigos, valores, medidas que no sean las de lo mismo.

Apoyados en este universo de significaciones imaginarias, es como los regímenes científicos, médicos, políticos y religiosos, han colaborado en la invención y reinversión de la subordinación femenina. Claros ejemplos de ello nos los da la autora: ideas sobre lo público y privado de Platón: “narra que el origen, el demiurgo creó un ser humano varón, pero que aquellos machos que fueron cobardes y vivieron mal, en el segundo nacimiento, fueron transmutados en mujeres”;³ y de Aristóteles: “con él se afirma la noción de la mujer como un hombre fallado [...] Para él, la mujer será sólo un recipiente de semen masculino (la teoría de la mujer-vaso)”;⁴ la creencia que se tenía durante la época medieval de que sólo el hombre tenía alma, por lo que la mujer forma parte de lo irracional, lo instintivo, lo animal: “en el mundo cristiano donde únicamente el hombre tiene alma, sólo él está hecho a imagen y semejanza de Dios [...] Por

² Cfr. Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad. vol. II: El imaginario social y la institución*, España, Tusquets Editores, 1989.

³ Cfr. Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión*, Paidós, Buenos Aires-Bogotá-México, 1993, p. 67.

⁴ *Idem*.

consiguiente, el primero deberá controlar al segundo”;⁵ el pensamiento sexual dependentista creado por Freud en el siglo XIX: “no puede ignorarse que el psicoanálisis es hoy un dispositivo violento de la cultura occidental que en tanto sus narrativas de la sexuación femenina otorgan categoría de universales —ya no naturales, pero sí inconscientes— a aquello que, en realidad, es el precipitado de complejos procesos de violentamiento histórico del erotismo de las mujeres”;⁶ el reconocimiento del papel fundamental de la mujer en la reproducción y sus consecutivos mitos: mujer=útero, mujer=pasividad, mujer=amor, mujer=fidelidad.

Con esto podemos observar que las nuevas prácticas sexuales no han superado a las viejas, sino que coexisten con ellas dando continuidad a las responsabilidades tradicionales de la mujer.

Esta construcción histórica y falsa sobre la pasividad femenina dará origen a una maternidad histórica y errónea, a la monogamia y al disciplinado erotismo de la mujer, que junto con la ilusión del amor, opacarán y harán invisible su inferioridad social: “reina y prisionera del mundo doméstico, su trabajo altamente productivo en lo social, quedará por fuera de los salarios y contratos, porque su paga será el don del amor”.⁷

De hecho, los circuitos a través de los que se efectúa esta inferioridad resultan ser no visibles; es más, su origen se atribuye a la naturaleza y no al proceso cultural vivido, quedando por tanto sin registro la evidencia que lo vuelve posible: “lo visible no es lo oculto, sino lo denegado, lo interdicto de ser visto”.⁸

III. La mujer ilusoria

Por otro lado, el mito de la mujer-madre, el mito de la pasividad erótica femenina y el mito del amor romántico, que son creaciones del imaginario social y del detentamiento de poder en los varones, han hecho que sean tres los mitos que encarnen la vida pública y la privada, los que disciplinen a la sociedad, y algo más aún, los que sean la base de la familia actual, provocando con ello que las mujeres sean un ser de otro y no un ser de sí, que su existencia sea “más real que las mujeres hasta tal punto que impide registrar la singularidad de cada una de las mujeres”,⁹ dando como resultado una mujer ilusoria, una creación histórica-colectiva que es compartida y recreada por hombres y mujeres.

⁵ *Ibidem*, p. 72

⁶ *Ibidem*, p. 99.

⁷ *Ibidem*, p. 88.

⁸ Cfr. Ana María Fernández y Eva Gilberti (comps.), *La mujer y la violencia invisible*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana-Fundación Banco Patricios, 1992, p. 19. Véase también Ana María Fernández, *Los mitos de la maternidad*, Buenos Aires, Centro de Estudios de la Mujer, s/f.

⁹ Cfr. Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión*, op. cit., p. 22

IV

A través de la historia de Occidente, la subordinación femenina ha cambiado sus fisuras económicas, sociales, políticas: “estas transformaciones que se inician en los países centrales y que llegan a extenderse hoy principalmente hasta los centros urbanos de los países periféricos más ‘modernos’, tienen sin duda como protagonistas a las mujeres que van redefiniendo y ampliando su lugar tradicional de esposa y madre”,¹⁰ igual que se han transformado los argumentos científicos, legales, religiosos por los que aquélla ha querido justificarse.

Aquellos cambios sufridos en los valores, en los hábitos, papeles, etc., de los géneros sexuales, han provocado no sólo una transformación material, sino también una modificación subjetiva, transmutándose con ello la imagen de sí y del otro.

Por otra parte, esta crisis no incumbe sólo a los individuos que componen una sociedad, sino que también atañe a las instituciones creadas por ésta y al aparato estatal.

Sin embargo, las formas de subordinación se han modificado sin que se supriman la desigualdad y la violencia en contra de las mujeres.¹¹

Por último, cabe agregar que Ana María Fernández señala claramente que para lograr romper con el sometimiento femenino es necesario resquebrajar la complicidad que hombres y mujeres han tejido durante siglos; que ambos géneros se miren y se acepten con las diversidades propias de cada género y de cada individuo para reconocer así las diferentes formas de ser otra/otras, ya que, “aunque todas tenemos en común las cicatrices de la discriminación, no todas tenemos las mismas marcas”.¹²

Ma. Eugenia Ramírez Parra

JACQUES ATTALI, *Milenio*, México, Seix Barral, 1993, 109 pp. (2a. reimpresión).

Textos audaces aquellos que tratan sobre los acontecimientos del porvenir. Presagios y profecías desacreditadas por la brutalidad de los hechos, levantan toda suspicacia. Pareciera como si Casandra nos visitara. Sin embargo, los hombres insisten con la fascinación del futuro; éste seguirá estimulando nuestra imaginación. En la última década del segundo milenio la operación intelectual de intentar iluminar y vislumbrar el escenario y las situaciones que prevalecerán en los años dos mil resulta irresistible.

¹⁰ *Ibidem*, p. 13.

¹¹ Cfr. Ana María Fernández y Eva Gilberti; *op. cit.*

¹² Cfr. Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión*, *op. cit.*, p. 53.

Autor de *Histoires du temps* (París, 1982), Jacques Attali presenta, en una exposición breve y clara, una reflexión sobre los tiempos que esperan en el próximo milenio. ¿Qué nuevo orden político se perfila? ¿Qué relaciones de poder entre las naciones? ¿Qué estilos de vida? ¿Qué objetos consumirán los hombres del siglo venidero? ¿Cuáles serán sus ambiciones, sus sueños? *Milenio* (título original: *Lignes d'horizon*, París, Librairie Arthème Fayard, 1990) traza el perfil de aquel hombre, la *forma* de ese mundo.

Escrito antes de la caída del muro de Berlín, publicado en Francia en 1990, tres años después, *Milenio* nos provoca la sensación de estar ante uno de los últimos libros de un mundo polarizado Este-Oeste y ante uno de los primeros libros de la globalización.

Si bien Attali no tiene el don de la profecía, el suyo es el de la persuasión. “Creo que nuestra época, como las demás, es relativamente explicable, que nuestro futuro puede ser abordado con hipótesis serias, que tenemos derecho a esbozar líneas de horizonte”. Jacques Attali tiene la autoridad de creerlo así; historiador, pensador influyente de la planeación económica, conduce el argumento del texto hasta seducirnos.

Nuestro siglo está lleno de teorías confeccionadas; todas han conducido a callejones sin salida o a matanzas. Los que anunciaban el fin del capitalismo han empujado a sus pueblos a soñar con él. Aquellos que pretendían construir una edad de oro mediante la eliminación de una clase social o de un grupo étnico se han hundido en la barbarie. Los que anunciaban el triunfo del individualismo ven cómo sus conciudadanos exigen más solidaridad y más fraternidad.

Estos discursos, en su descargo, han tenido una función importante para comprender nuestro tiempo. Pero es claro para Attali que para comprender el futuro se requieren nuevas construcciones teóricas, modelos mucho más complejos que den alcance y razón a fenómenos con elementos inéditos y variables que difícilmente podremos calcular basándonos en viejos esquemas. “Es en la teoría de la *información* en todas sus formas —biología, informática, lingüística, antropología— en lo que debe basarse actualmente un análisis social”.

Por lo pronto, Attali nos ofrece una lectura del futuro en un estilo transparente, sin especulaciones cifradas. *Milenio* parte de una noción amplia de *forma social*, es decir, todo conjunto de hombres organizado de manera permanente. Para instalarse y subsistir —explica Attali—, una *forma social* ha de ordenar la violencia, la de los hombres y la de la naturaleza. Para producir el *orden* se han creado mitos, se ha usado la fuerza, se ha polarizado la rivalidad, se ha constituido lo *sagrado* y a la víctima propiciatoria.

Desde el año mil —recuerda Attali— hemos visto cómo “el dinero” (y sus conceptos indisolubles: mercado y capitalismo) se impone como un modo eficaz y universal de gestión de la violencia. Esta *forma* demarca tres espacios en la estrategia geopolítica: el *corazón*, el medio y la periferia. Los tiempos que vendrán, tal como están las cosas, distinguirán dos espacios preponderantes, o *corazones*: la alianza entre Japón y un Estados Unidos en franca decadencia, formando el bloque del Pacífico; y por otro lado, una Europa fortalecida por su región oriental.

“Nos encontramos hoy al final de una crisis y en el alba de una mutación... una nueva forma mercantil emerge ante nuestros ojos”. Según Attali, en la crisis se juega la rivalidad de países que sueñan con dominar el mundo y se despliegan las estrategias para acceder al *corazón* o permanecer en él. Aparecen signos que anuncian esta era. Esta nueva era del desarrollo se nutre de la democracia, de la libertad de crear, de producir e intercambiar. Nuevas tecnologías permiten la automatización de los procesos de producción, reduciendo el coste de los objetos existentes y fomentando la producción de otros tantos nuevos, para el consumo del hombre, un modelo de hombre, nuevo. A estos artículos de la sociedad hiperindustrial que se perfila, Attali los define como *objetos nómadas*: ligeros, sin lazos, portátiles, ya no medios de desplazamiento o situados en domicilios, como el automóvil o las lavadoras. “El hombre, al igual que el objeto, será nómada, sin domicilio ni familia estables, portador en él, sobre él, de todo lo que constituirá su valor social”.

Estos objetos transformarán al hombre que habitará en el *corazón*, y serán la envidia de aquellos que permanezcan en la *periferia*: “en medio de la desesperación y rabia, asistirán al espectáculo de la riqueza de los otros”. Estos objetos cambiarán las relaciones sociales, se verá perturbada la cultura, el saber quedará transfigurado en los límites que los *objetos nómadas* impongan. No reconoceremos formas como la familia, la patria, el mundo. “Con ellos, cambiaremos a un universo totalmente distinto en el que aparecerá transformada la relación con el saber y el mal, con la vida y la muerte. En suma, con la violencia”.

Attali nos seduce; no por la probabilidad de que sus predicciones lleguen a cumplirse; nos seduce por las sugerencias en sus planteamientos. Una sensación implícita recorre el texto: la sociedad, tal y como la conocimos, llegará a cumplir su término; el recorrido itinerante de hombres nómadas transformará los espacios, simbólica y físicamente. El hombre arraigado estará al margen del acontecer, excluido de la *forma social*. El recolector y cazador de lo efímero se adueñará de aquella historia del futuro que sugiere Jacques Attali.

Podemos reservar cierto escepticismo; pero sin duda reconocemos que el proceso al que apunta Attali está en marcha. Incluso habrá quien perciba los síntomas de una primitivización de valores, en cuanto que a fuerza de reducir la complejidad hemos alcanzado niveles elementales para organizar el mundo. Para algunos, este destino es apocalíptico; para otros, es posible darle un sentido. Éste es el caso de Jacques Attali.

Sus pronósticos, en buena medida, parecen ineludibles y funestos. *Milenio* aparece como un reto, en ninguna de sus formas tenemos garantizado el destino. El mundo, trastornado por el nomadismo, nos empuja hacia una historia que se acelera, incontrolablemente:

Al ritmo en que van las cosas, nada de todo eso parece hoy soslayable. Cuando cada uno haya comprendido que los principales envites de los años dos mil son planetarios, que el problema de la inmigración se confunde con el del desarrollo, que el de la droga y el desarme tampoco tienen más soluciones que a escala mundial, que la producción no puede crecer en su forma actual sin amenazar la supervivencia de la especie humana, que la Tierra es un objeto vivo recorrido por nómadas cada vez

más numerosos, cada vez más ávidos de objetos y cada vez más productores de residuos; cuando cada uno lo haya comprendido, es muy probable que sea demasiado tarde: el hombre, parásito marginal, habrá transformado la Tierra en artefacto muerto; la pasión de lo efímero, el gusto por lo inmediato y el sueño de placer habrán matado la vida.

El reto que se plantea es aquel donde la creatividad se ponga al servicio de un proyecto social, definido en torno a las *líneas de horizonte* descritas. Se perfilan evoluciones contradictorias. “El fascinante bricolaje de la vida”, claramente distinguido, no por las tendencias del pensamiento, sino por la historia de las virtudes, usos y peripecias de los objetos, es incierto. Aun más grave es esta afirmación. Al final del *objeto nómada* —dice Attali— está el *objeto vida*: las prótesis y la manipulación genética harán del hombre un objeto de fábrica. La era de la información uniformará el conocimiento. Una vez más, quien no se conforme y se oponga a estos valores, cuestionando el orden existente, quedará marginado.

El futuro agobiante de Jacques Attali, deposita la responsabilidad de conservar el mundo y la especie en las naciones y en el individuo. Sus conclusiones, en gran parte, dejan ver una posible salvación. El hombre tendrá que ser creativo, distinguirse ante los caprichos de esta evolución; deberá contribuir a dar sentido a la democracia, con el ejercicio de su libertad. En el aforismo de Attali: “que aspire a hacer de su vida una obra de arte”. Las naciones, entonces, deberán evitar una rivalidad fuera del orden, que pudiera desencadenar acciones fatales. El reto será sobrellevar humanamente, dignamente, el futuro.

José Carlos Hesles B.